

CARLO GUIDO MOR: *Storia politica d'Italia. L'Eta Feudale.* Vol I, XXI + 604 págs. Milano, 1952, y Vol. II, XVI + 519, págs., Milano, 1953.

Ha pasado ya un decenio desde que conocí al profesor Carlo Guido Mor, en la primavera de 1943. En la Roma inquieta y rumorosa de aquellos días, cuajada de presagios de las jornadas graves y decisivas que se avecinaban, compartí sus inquietudes por el futuro de su patria y charlamos también de Historia, buscando en el pasado un remanso de paz y serenidad frente al dolor y la zozobra del tiempo presente.

Supe entonces por primera vez de la ingente tarea que llevaba entre manos: la historia política y de las instituciones de uno de los más oscuros y difíciles periodos de la Italia medieval, el siglo X. Hacia ya tiempo que estaba consagrado a esa labor y en estos años nos han ido llegando sucesivos estudios monográficos sobre instituciones y aspectos de la época, como testimonio constante de la continuidad y avance de su empresa. Los dos volúmenes que acaban de aparecer son el digno remate a quince años de trabajo incesante y fecundo.

Dentro del marco de una gran Historia Política de Italia desde los orígenes hasta nuestros días en la que colaboran los más destacados especialistas nacionales, Carlo Guido Mor ha estudiado la llamada Edad Feudal. Fruto de su esfuerzo ha sido esta obra en que por primera vez se nos presenta el siglo X italiano como tema central de observación y no sólo como mera consecuencia de la época carolingia o simple antecedente de la era de renacimiento municipal.

El profesor Mor consagra el primer volumen de su obra a la historia política de Italia desde la abdicación de Carlos el Gordo (a. 887) hasta la muerte del emperador Enrique II (a. 1024). Aquel acontecimiento consumó la disolución del Imperio carolingio y los autonomismos étnicos de los diversos territorios se vieron reforzados, en lo que a Italia se refiere, por las viejas tradiciones del «Regnum Italiae»—no interrumpidas por los emperadores francos respetuosos incluso con la antigua capitalidad de Pavia, donde residían los órganos centrales de la administración—, tradiciones vivas que se remontaban y venían a entroncar a través de tres siglos de Historia con los precedentes lejanos del reino longobardo.

Años intensos los de este siglo y medio escaso, en que el estudio toma como hilo conductor las vicisitudes del «Regnum Italiae». Cuarenta años de continuo batallar por la Corona, de lucha incesante que tiene por protagonistas a Berengario de Friul y Guido de Spoleto marcan los inicios de la nueva vida propia del reino y son a la vez presagio de su futuro destino. Los reyes germánicos, los más potentes entre los herederos del Imperio carolingio, estaban lejos de desentenderse de la suerte de Italia. La reconstrucción del Imperio, meta de su política, exigía una influencia creciente, una efectiva vinculación de la Península italiana, que albergaba ade-

más la sede de la Cabeza de la Cristiandad, la ciudad de Roma en la que el emperador debía ser coronado.

El Imperio ottoniano es el resultado de esta política. No es tan sólo la coronación romana el objetivo que pretenden los emperadores germánicos a partir de Otón I, sino la unión al Imperio del reino de Italia. El profesor Mor estudia minuciosamente el complejo y difícil discurrir de la vida política italiana bajo el Imperio de los tres grandes Otones, y la apasionante personalidad humana y el genio político del último de ellos, su nueva concepción romanista del Imperio, la «*Renovatio Imperii*» que la muerte precoz del joven emperador impediría que cuajase en el terreno de las realidades.

Los primeros años del siglo XI, que presenciaron la muerte de Otón III, fueron testigos también de la postrer tentativa de un reino italiano independiente. Arduino de Ivrea es elegido rey en Pavia a las tres semanas de la inesperada desaparición de aquel emperador de veintidós años y mucho antes que la dieta germánica se reuniera para encontrar un sucesor en la persona de Enrique de Baviera. Pero el intento de Arduino no pasa de ser una veleidad fugaz y pasajera. Enrique II reina en Italia, como reinará a su muerte Conrado el Sábico. Las resistencias que hubieron de vencer y los últimos esfuerzos por mantener un reino itálico distinto del germánico se agotan en los primeros lustros siguientes al año 1000, que abren el camino al predominio del particularismo feudal y ciudadano, rasgo característico de la vida italiana en los cuatro siglos venideros.

Hemos dicho que las vicisitudes de la historia del «*Regnum Italiae*» constituyen el tema central del estudio de Mor. Pero en la Península existen numerosos territorios que escapan a la órbita política del reino. El profesor Mor hace también la historia de esas regiones, cuya estrecha conexión con el principal Estado de la Península es fácil de imaginar: son los territorios sometidos a la soberanía de Bizancio, de ese Imperio de Oriente hacia el que en más de una ocasión volverán sus ojos los itálicos durante estos tiempos, ansiosos de encontrar en él la clave del equilibrio político que les permitiera afrontar las apetencias excesivas de sus vecinos del Norte; los principados longobardos del Sur, en lucha muchas veces con los territorios bizantinos; la Sicilia musulmana y los enclaves islámicos en la Península; la isla de Cerdeña, cuya autonomía respecto de Bizancio va afirmándose progresivamente; Venecia, que tras seguir un proceso análogo, afirma poderosamente su personalidad política bajo la égida de las familias de los Candianos y los Orseolos. Y, por último, Roma, la sede de los Pontífices y la capital del Estado de la Iglesia. El profesor Mor hace la historia del Pontificado en el oscuro periodo que se inicia con el Gobierno del Papa Formoso y que alcanza hasta los sucesores de aquel Gerberto, Silvestre II entre los Pontífices, cuyas ideas políticas debían ejercer tan decisiva influencia en las concepciones imperiales de Otón III. Historia del Pontificado en una época en que la elección y actividad del obispo de Roma se ve a menudo mediatizada y oprimida por la acción de aquellas fuerzas poli-

ticas que se disputan la supremacía en la Ciudad Eterna: el «senador» Teofilacto y su familia, Alberico, los «Patricios» cretencianos y tusculanos, la aristocracia urbana, en fin, o los emperadores germánicos.

En el segundo volumen examina Carlo Guido Mor las instituciones, la vida social, económica y cultural de este periodo. Tras dedicar el primer capítulo a estudiar la idea imperial, la estructuración del Imperio, su posición frente a los reinos y sus relaciones con el otro Imperio cristiano, el de Oriente, y con la Iglesia, pasa después a exponer la constitución del «Regnum Italiae». Los poderes del soberano, la figura de la reina en el Derecho Público—sobre la cual el autor nos había anticipado su preciosa monografía «*Consors Regni*»—los órganos de la administración central, periférica y local son analizados minuciosamente.

El mismo estudio se realiza a continuación en los territorios extraños al reino, la Italia románica, longobarda, musulmana y bizantina. Y resulta de particular interés el esfuerzo de Mor por reconstruir la naturaleza jurídica de aquellos poderes laicos que comparten con el Papa el Gobierno de la Urbe y revisten su señorío con los equívocos títulos de «*Princeps Romanorum*», «*Senator*» o «*Patricius*», cuyo verdadero alcance hace, de ordinario, muy difícil de discernir el laconismo de las fuentes.

El régimen señorial, la inmunidad, el feudo se examinan con la detención que merece su decisiva importancia en la estructura política de la época. Notable valor tiene el capítulo V, consagrado a la Iglesia, su vida y su organización. Estudia Mor la figura del Romano Pontífice y los órganos que le auxilian en el Gobierno eclesiástico, tanto en la esfera central como en las periféricas: el Clero en todos sus órdenes, la vida monástica bajo los distintos aspectos que ofrece, y, por último, los graves problemas canónicos, como la famosa cuestión de las ordenaciones formosianas, que alteraron profundamente la paz de la Iglesia. Dos últimos capítulos relativos al ambiente y la vida económico-social y a la cultura, el derecho y el arte, cierran dignamente la obra y terminan de dar una visión completa del mundo italiano contemporáneo.

Al comienzo del primer volumen da el autor unas indicaciones bibliográficas fundamentales de las obras más repetidamente consultadas, divididas en obras generales, historias regionales e historias locales y una larga relación de las colecciones de documentos de que ha hecho uso. Acompaña a cada capítulo un extensísimo aparato crítico, encabezado por el elenco de fuentes, crónicas y diplomas, obras generales y estudios particulares utilizados en su elaboración, a los que siguen numerosas y extensas notas en que se desarrollan los problemas y se justifican, de acuerdo con el resultado de las más recientes investigaciones, las afirmaciones del texto. Un completísimo índice analítico facilita sobremedida el manejo de la obra.

Esta rápida exposición del contenido de los volúmenes que acaba de publicar el profesor Mor, en la que no hemos hecho sino reseñar sumariamente los principales problemas que en ellos se abordan, bastará al menos para apreciar toda la trascendencia que la obra está llamada a tener en

los estudios medievales. Su interés rebasa con mucho al ámbito de la Historia italiana; y si para ésta pasa a ser la obra fundamental sobre el más oscuro y desconocido de sus períodos, los estudiosos de todos los países deberán también conocerla y manejarla. La nueva obra de Mor—podemos afirmarlo resueltamente—constituye una contribución de capital importancia para el estudio de la Europa de la Edad Media.

JOSÉ ORLANDIS

G. MOSCHETTI: *I Frammenti veronesi del secolo IX delle Istituzioni di Giustiniano*, de los *Atti Verona*, I, 441-509.

En aquel memorable Congreso de 1948, cuyas actas acaban de ver la luz no hace muchos meses, una de las comunicaciones más importantes fué la del mismo secretario e infatigable organizador del Congreso, profesor Guiscardo Moschetti, del Ateneo Laterano en Roma.

Se trata de unos fragmentos veroneses, de distintas bibliotecas, pertenecientes a un manuscrito de las Instituciones de Justiniano hecho en el siglo IX en el *scriptorium* veronés que dirigía el archidiacono Pacifico, y aprovechado para relleno de encuadernaciones en el monasterio de San Zenón a fines del XV o principios del XVI. Tal manuscrito habría tomado por base otro del siglo VI, del que queda algún resto, que utilizó el mismo archidiacono Pacifico para la restauración de otro códice.

Con sólo esta abreviadísima noticia sobre la procedencia y origen de los maltratados fragmentos puede darse alguna cuenta el lector de la investigación maravillosa que ha realizado el autor para llegar a tales resultados. Con inmensa paciencia, con un rigor de método admirable, sin perdonar búsquedas en lugares distantes, combinando los datos paleográficos con una ajustada reproducción de las circunstancias históricas, G. Moschetti ha sabido hacer una obra maestra, un verdadero modelo de lo que debe ser un estudio de este tipo.

El autor se remite a una edición que prepara, con fotocopias, y allí se podrá apreciar mejor el valor que los nuevos fragmentos presentan para el establecimiento del texto de las *Instituciones*, pero es evidente que, dada la antigüedad del manuscrito del que este otro del siglo IX era una reproducción en letra más inteligible que la uncial del siglo VI, también desde el punto de vista de la crítica textual estos fragmentos han de ser interesantes.

La parte conservada en estos fragmentos es, desgraciadamente, muy escasa. El fragmento de la Biblioteca Capitulare de Verona CI.XXXIII A comprende de Inst. 1, 5, 1 a 1, 6, 2; los fragmentos de la Biblioteca Comunal de Verona, de 2, 1, 35 a 2, 3, 3; de 2, 7, 2, a 2, 9, 1; de 2, 20, 23 a 2, 20, 33; de 3, 6, 11 a 3, 8 pr.; 3, 11, 6; 3, 12 pr.; 3, 13, 1; de 3, 14 pr. a 3, 19, 13; de 3, 24, 4 a 3, 26, 10; de 4, 3 a